

EN EL BICENTENARIO DE LA CONSPIRACIÓN DE JOSÉ ANTONIO APONTE

Un conspirador de ébano en tiempos de tormentas

EDUARDO TORRES-CUEVAS

“Más malo que Aponte”, es la frase que acuñó el colonialismo español y los temerosos esclavistas cubanos para desvalorar a la figura que representa la primera conspiración independentista y de transformación social cubana. La imagen de un despiadado negro, sediento de sangre e inspirado en el odio, fue la proyectada para ocultar sus verdaderas ideas y el proyecto social que él representaba y que estaba expandido por todo el Caribe. El prejuicio —que condiciona el juicio— fue utilizado para una aceptación acrítica de la calumnia y de la infamia. El temor sirvió para solidificar fronteras sociales y raciales. Pero la historia, como materia de un conocimiento, es mucho más compleja que las simplificaciones manualistas de la historia como conocimiento de esa materia. ¿Por qué se presentó a Aponte como el más monstruoso personaje de nuestra historia?

REVOLUCIÓN EN EL CARIBE

La Revolución de Haití es la primera de las revoluciones del ciclo independentista latinoamericano y caribeño. Su importancia no solo reside en este aspecto cronológico sino en algo más importante: el cambio del contenido conceptual de las revoluciones europeas y la profunda revolución social, más allá de la política, que implicó. Inicialmente inspirada en las ideas de la Revolución Francesa, pronto se demostró la desigualdad de la igualdad proclamada en la metrópoli con respecto a sus intereses coloniales. Toussaint Louverture es traicionado y encarcelado por Napoleón, es restituida la esclavitud y el general Leclerc invade la Isla. Un esclavo, Jean Jacques Dessalines, encabeza la resistencia. En 1805 es proclamada la República de Haití (nombre araucó que sustituye el de la antigua colonia francesa de Saint Domingue), después de vencer al ejército más poderoso de su época. Un lector avezado podrá constatar que esta primera derrota de las divisiones napoleónicas, antes que en Rusia y España, es invisibilizada en la mayoría de los textos europeos que tratan de estos temas. Si era honroso perder frente a un general europeo, resultaba bochomosa la derrota frente a un ejército negro.

La Revolución Haitiana ofrecía otro legado de trascendencia histórica. En Europa, conceptos como libertad y esclavitud eran utilizados como metáforas en los discursos políticos. Se trata de la libertad política y jurídica del “género humano”. Pero la paradoja mayor residía en la condición del esclavo real y no metafórico. El esclavo real, el que existía en Haití, en Cuba y, en general, en América, era, en lo filosófico, un objeto no un sujeto; en lo económico, una mercancía que se compra y se vende; y en lo jurídico, una propiedad; por esas razones, carecían de la “condición humana”. La Revolución Francesa había utilizado la metáfora de la esclavitud para lanzar a los sans coulote contra el Antiguo Régimen o monarquía absoluta. Lemas como “es preferible la muerte a la esclavitud” formaban parte del lenguaje revolucionario. En Haití, las ideas de libertad e igualdad, para lograr la fraternidad, pasaban por una realidad muy diferente. Al luchar por la independencia y la libertad de los esclavos, lo hacían contra un cuerpo jurídico que establecía, como inviolable, el derecho de propiedad. Los esclavos eran propiedad de los amos. Con la independencia y la eliminación de la esclavitud, los esclavos pasaron a sujetos de su propia historia, a emancipadores de hombres, expresión más alta de la condición humana. La primera constitución de nuestra América, la implantada por Toussaint Louverture, que abolía la esclavitud y declaraba a



todos los hombres iguales, independiente del color de su piel, merece un destaque especial en estas conmemoraciones por los bicentenarios americanos. El ejemplo haitiano, y su contenido social y conceptual, estuvo en las bases de los debates posteriores en torno a las independencias y a los proyectos de sociedades nuevas americanas.

EN EL EPICENTRO DE LAS TORMENTAS

En un tiempo histórico relativamente corto, la Isla de Cuba sería partícipe de convulsos procesos internacionales. El primero de ellos, la guerra de independencia de las Trece Colonias Inglesas de Norteamérica que darían lugar al surgimiento de los Estados Unidos (1776-1783). En esta contienda participaron los batallones de milicias de pardos y morenos (negros y mulatos) de La Habana, y su puerto sería base de operaciones contra los ingleses y de apoyo a los independentistas. Hombres que posteriormente tendrían un papel notable participaron en estos acontecimientos desde Cuba como Francisco de Miranda, iniciador de la independencia latinoamericana. El segundo, la Revolución Francesa (1789-1799), que desvertebró el equilibrio político, no solo en Europa, sino, en especial, en el Caribe. La Revolución Haitiana (1791-1805), el tercero, introdujo un nuevo elemento en el escenario político: por primera vez en la historia un ejército de esclavos obtenía un éxito rotundo y, al independizar al país, creó un Estado diferente a los hasta entonces establecidos.

El cuarto, y de especial significación para Cuba, fue la crisis española iniciada con la ocupación napoleónica (1808), el inicio de su guerra de independencia, la creación de las juntas regionales y el proceso constitucionalista de Cádiz (1812). Por primera vez en su historia, España era regida por una constitución que colocaba la soberanía en el pueblo, en el sentido limitado que tenía este concepto para la burguesía en ascenso. Era la crisis del Antiguo Régimen o monarquía

absoluta. La aristocracia esclavista cubana se vio, por sus relaciones de poder en la metrópoli, involucrada en todos estos acontecimientos: el ministro de la guerra español lo era el poderoso azucarero cubano, Gonzalo O' Farrill y Herrera, quien es una de las figuras principales en la alianza con Francia. Por otra parte, cuando el 2 de mayo de 1808 los artilleros de Madrid se enfrentan a las tropas francesas e inician la guerra de independencia española, de los tres héroes, uno es el cubano Rafael de Arango y Núñez del Castillo, junto a los mártires Luis Daoíz y Pedro Velarde. En el proceso constitucionalista de Cádiz, los esclavistas cubanos estuvieron representados en las personas de Juan Bernardo O' Gaban y Andrés de Jáuregui. A los procesos anteriores se unió el desencadenamiento de los movimientos que conducirán a las revoluciones independentistas latinoamericanas.

La época en Cuba tuvo particulares características. Producto de la Revolución Industrial inglesa, del desarrollo científico y tecnológico en la agricultura y de la Revolución Haitiana, que implicó la destrucción de sus plantaciones azucareras y cafetaleras, hasta entonces la primera productora de azúcar del mundo, los azucareros y cafetaleros cubanos se lanzaron a la conquista del mercado mundial. Francisco de Arango y Parreño, el ideólogo de los esclavistas cubanos, trazaba el reto de convertir a Cuba “en la Albión de América”. Para ello, en la época, existía una relación: para producir más azúcar eran necesarios más esclavos. Y efectivamente, sería esta la etapa de nuestra historia en la que se introdujo la mayor cantidad de esclavos africanos. Se calcula que entre 1763 y 1845 entraron a la Isla 636 mil 465 esclavos. En 1826, cuando ya Haití no aportaba azúcar al mercado mundial, Cuba rompía sus récords históricos y sobrepasaba la producción más alta alcanzada por Saint Domingue en 1791.

Aunque las razones esgrimidas para la introducción de esclavos eran las necesidades productivas, en realidad el destino de gran parte de ellos fue otro. Tomando el censo de 1846, solo el 23 % de ellos estaban en las plantaciones azucareras y el 14 en los cafetales. El 45 % estaba en actividades urbanas y el 18 en sitios, vegas y estancias. Este aspecto resulta significativo. Cierta historiografía puso el acento en el barracón, que si es el aspecto más deshumanizado de la esclavitud, ocultaba el importante papel que en las ciudades tenían estos esclavos en la coloración de la cultura, de los hábitos, de los comportamientos sociales y del sincretismo de creencias. Por otra parte, los “libres de color”, término de época, conforman el artesanado y los obreros calificados en las ciudades, principalmente en las ciudades-puertos. Recuérdese que, por entonces, el trabajo manual era despreciado por los sectores blancos con pretensiones de ascenso social. Sastres, peñeteros, carpinteros, músicos, entre otros muchos oficios y artes, van modelando un nuevo gusto, sustrato profundo de una nueva cultura. Las ciudades-puertos son un verdadero vertedero de información. Marineros, viajeros, aventureros, científicos, militares, inmigrantes de los más diversos países, circulan por sus calles y dialogan con las más diversas clases y capas sociales. Entre otras mercancías, a veces prohibidas, están los inapreciables libros, folletos, manifiestos, relatos, que llegan de Estados Unidos, Francia y de la propia Haití. Son ciudades bien informadas. Entre los “libres de color” está un carpintero ebanista, de respeto y valor, que marcará nuestra historia con un sello único, José Antonio Aponte.